

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

AÑO I

MURCIA - 1927 - SEPTIEMBRE

NÚM. 9

Milagro

(Primera estancia poética del libro inédito
«Poesía de Cámara»)

A JOSÉ BERGAMÍN

I

El agua viene alegre,
espera,
se retira,
aguarda sobre un pie,
se oculta en aire,
da su vidrio,
y se ondula por fin
puliéndose en la noche
derramada en pupila;
empinándose en miedo;
conteniendo a sus peces en pena,
como plumas sonámbulas
errando en el vacío;
cuidando de sus barcos oscuros,
resbalosos de sueño;
abierta en brillo,
y, en su desmayo,
herida por el remo...
Y cuando alegre llega
hecha media naranja de espejo,
media estancia de imagen,
media ausencia de mundo,
da contra los silencios
y se quiebra en estrellas,
se rompe,
se separa,
sube arriba,
se cuelga horizontal,
se atiranta y se limpia,
se ahonda y pulimenta,
se hace cristal de viento,
se endurece...

Huye;

pero cortés
nos mira desde sus filos últimos
y vuelve sin reparo
a repetir su gracia,
espacio,
derretida,
mansa entre sus misterios,
mientras que va la noche
desnuda por el cielo
y transparentemente
trastornada de luna.

II

Penando está la noche.
Pasa, y va deteniéndose
por mirarse mejor a cada paso.
Parándose en su pena
y quedándose en ella a cada es-
—ánima transparente—, [quina,
dentro de su alto grito,
ya mudo y hecho espejo
para culpa.

Resbala casi líquida
y queda endurecida de pronto,
tensa,
inmóvil,
en pie,
ordenando al misterio
su limpia luz de luto...

Y cuando el pensamiento
halla su permanencia
y se suspende al alma,
como un eco de olvido,
fugitiva se esconde
en filtraciones rápidas,
quedándose tan sólo
en hálito de huella.

No se nota que cambia
para cristal sonámbulo.



RAMÓN GAYA: Interior.
(1927)

Ramón Gaya Pomés nació en Murcia, en uno de los huer-
tos que rodean la ciudad, el 10 de Octubre de 1910. De origen
modesto, comenzó a pintar a los diez años y desde entonces ha
trabajado con gran fe en su obra, junto a dos jóvenes pintores
de gran fervor y aliento: Luis Garay y Pedro Flores.

Ha viajado muy poco. Señalemos varias estancias breves
en Barcelona, de donde son naturales sus padres; la última,
en 1925.

VERSO Y PROSA acoge en sus páginas estas obras de Ramón
Gaya, en la esperanza de que su nombre conseguirá pronto des-
tacarse en la pintura actual española.

Se va, sin saber como,
sorbida,
en pluma de memoria,
en mágico transporte
y entra en la esbelta estancia
última del silencio,
de la mano del agua
recien muerta de luna.

III

Noche y agua,
espacio,
van entrando en la hora
sin apenas pisarla,
latiendo sobre vahos,
casi ya sin presencia,
en palmas fugitivas,
para cederse en ella,
escaparse en aliento
y mudarse de cambio.

Y van altas,
seguras,
en desmayo de vida,
una en otra,
hombro en hombro,
mezclándose de brillos,
de manos transparentes,

de calor
y de ánima.

Se ayudan,
se sostienen,
se conducen solícitas
y acógense ya en fruta,
ya listas para entrega.

Se dan en luz,
en vilo,
abiertas en esencia,
en gloria,
en madrugada,
en vencida de aire...

Y al fin, serenamente,
lunáticas de vuelo,
en éxtasis de albas
y límites de pluma,
se van transfiguradas,
tendidas sobre el día,
mientras que lentamente
entra la luz al cielo.

EMILIO PRADOS

Málaga, 1927.

Retrato en redondo

(EMILIO PRADOS)

1

Una sombra. Solo una
sombra justa. Sin penumbra.

2

Un perfil. Tan sólo un crudo
perfil sobre el cielo puro.

3

Un torso. Un torso de pluma
quieto, peinado de espumas.

4

(No hay que tocarlo. Una herida,
sin saberse, quedaría).

5

Una mano. ¿Blanca? ¿Negra?
Sus dos manos verdaderas.

6

Una frente. ¿Y los luceros?
Una frente hasta vencerlos.

7

(La noche, en comba, cerrada
sobre su negra mirada).

8

El aire en su brazo. ¿El aire?
(Una sierpe se contrae).

9

Gime la luz. De su boca
surte, dolida, la aurora.

10

Inagotable la vierte.
Cierra los ojos, y siente.

11

Se ha hecho ya el día. Perfecto,
se le lanza contra el pecho.

12

Pero en el suelo, tendido.
Su pie lo pisa, infinito.

VICENTE ALEIXANDRE

ESCUELA

MAESTRO

Qué doncella se casa
con el viento?

NIÑO

La doncella de todos
los deseos.

MAESTRO

Qué le regala
el viento?

NIÑO

Remolinos de oro
y mapas superpuestos.

MAESTRO

Ella le ofrece algo?

NIÑO

Su corazón abierto.

MAESTRO

Decid como se llama.

NIÑO

Su nombre es un secreto.

(La ventana
del colegio
tiene una cortina
de luceros.)

FEDERICO GARCIA LORCA

*Martirio de
San Sebastián*

(AFORISMOS A EMILIO PRADOS)

MIRA la inteligencia rendirse a la evidencia mentirosa de los sentidos.

*

Los sentidos mienten. El poeta es un testimonio vivo: mártir, asaeteado de mentiras.

*

TRASPASADO mentirosamente de luz—de inteligencia—cada nueva saeta es un nuevo sentido que le perpetúa agonizante, firmemente clavado contra el árbol, desnudo,—cuerpo a cuerpo humano y natural—. Desangrándose, vive.

*

Lo que está siendo, se está verificando. La poesía és; por eso no miente: verifica. Se hace verdad aunque haya nacido mentira.

*

LA poesía és, en cuerpo y alma, como el hombre: verdad de mentira.

*

PARA mentir con facilidad basta ser sincero.

*

LA poesía es la fuente viva y real del conocimiento—del conocer mentido.

*

LA poesía es un arte hermético—porque es divina—. El arte de entrar y salir por el ojo de la llave.

*

LA poesía acaba siempre de nacer—por eso es hermética; y porque acaba siempre de robar las nubes. Se hace la inocente y guiña un ojo.—

*

El poeta verdadero no plagia, roba.

*

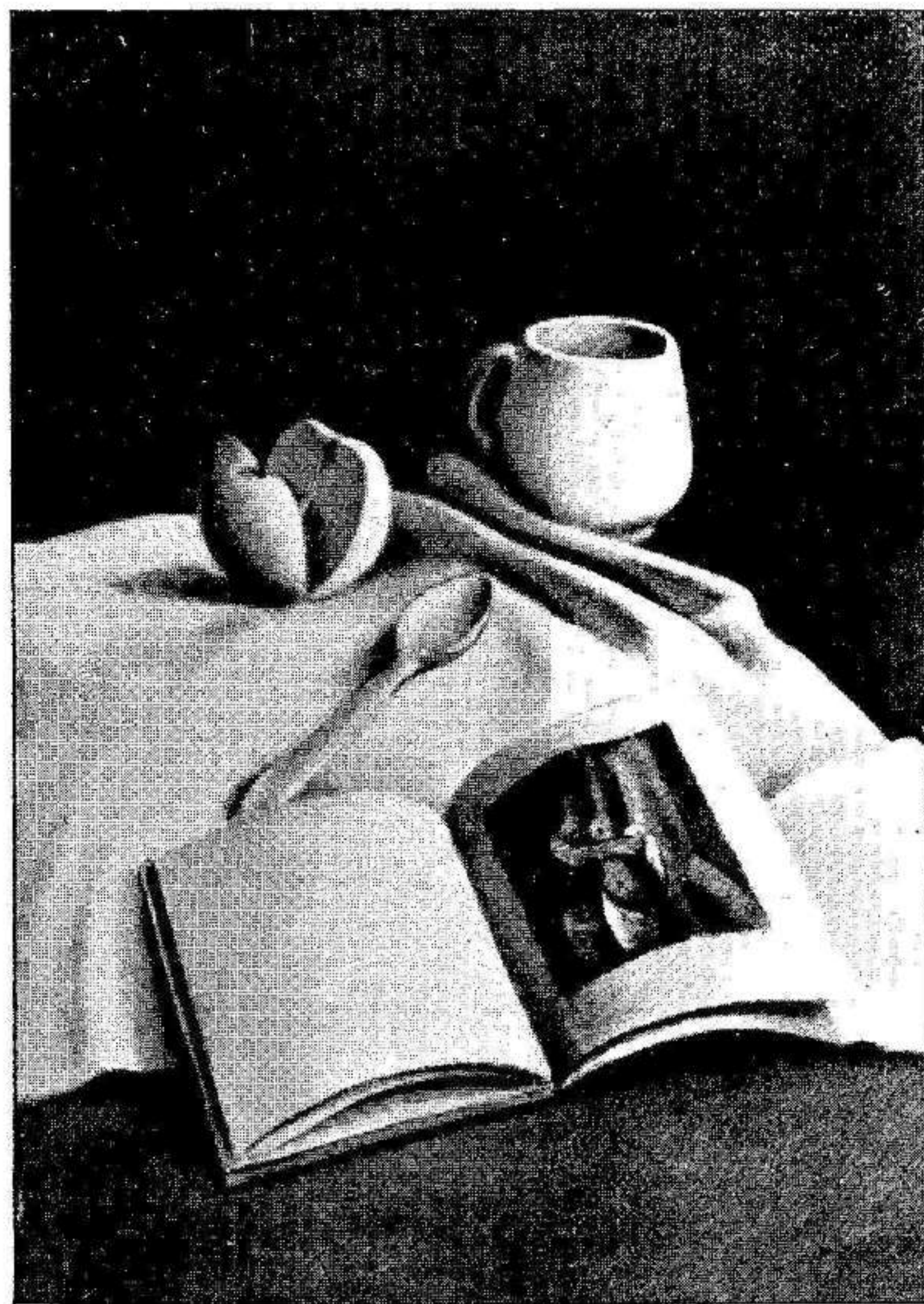
LA poesía es hermética porque empieza por inventar la música, y luego, la cambia por la luz.

*

HERMÉTICA, la brisa del amanecer acaricia el cuerpo herido del mártir luminoso.

El poeta es hermético para consolarse de ser cristiano.

JOSÉ BERGAMÍN



RAMÓN GAYA: Naturaleza muerta.
(1926)

A EMILIO PRADOS

*Estabas solo y alto.
Yo miraba como todos los pájaros
debajo de tu frente se escondían.
¡Qué ir y venir, y qué volver!
Cómo todas las cosas
quedándose se iban
a entrarse por tus ojos.
Cómo yo mismo no sabía
si estaba junto al árbol
bajo aquel cielo tan azul
o si los verdes límites del parque
estaban encerrados en tu frente.
Si de tanto entrar ya
dentro de tí las cosas
eras el mundo donde estábamos.
Si para que brillaran las estrellas
bastaba que cerrases tus dos ojos.
Estaba solo y alto
pero también dentro de tí.*

MANUEL ALTOLAGUIRRE

CLAROSCURO

A EMILIO PRADOS

*...Y yo,—me estabas viendo—,
luz ante el precipicio de las sombras,
sin poder libertarte.*

—¡Socorro, luz, socorro!

*Enterrador, la noche,
sin piqueta ni azada,
túnel mudo hacia el fondo de la tierra
rasgando iba contigo.*

—¡Socorro, luz, socorro!

*Me estabas viendo arriba.
¡Ay, me estabas tú viendo,
pero un puño de cal paralizaba
mi lengua, pies y manos!*

—¡Socorro, luz, socorro!

*Naufragabas tú abajo en lo hondo oscuro
y yo arriba, en lo claro.*

RAFAEL ALBERTI

CARNET

1. Adolescencia, toda ojos y boca.

*

2. El barroco ha sido una preñez sin parto.

*

3. Hemos cambiado nuestra antipatía mutuamente, como una tarjeta.

*

4. No dar cielo a las cosas. Así son mayores.

*

5. No quiero ver tu cuerpo libre: es una definición y ya no hay más allá.

*

6. Tan estrecha la palmera en el desierto, que apenas podrá cometerse a su sombra el pecado.

*

7. Rezad, mujeres: así ovillais las sombras.

*

8. Ese que se mata, a alguien acusa de su muerte.

*

9. La mujer áspera, tierra virgen; que la dulce, ya la cultivó otro.

*

10. Daudet tiene una sonrisa color naranja.

*

11. El mundo no es más que una dudosa entrevista.

*

12. Los tontos son los que tienen mayor independencia de pensamiento frente al pensamiento independiente.

*

13. A cada cosa pertenece el *doble* o el *triple* o el *infinito* de lo que el sujeto pone en ella.

*

14. La forma es inconcebible en sí misma: la forma es siempre una significación.

*

15. Quien ama a la Humanidad no ama a los hombres.

*

16. Los tontos nunca fracasan.

*

17. Hay que estar en guardia contra lo pavorosamente sencillo.

*

18. Confesarse de algo es ya acceder a ello.

*

19. El gordo es pacífico, pero cruel.

*

20. Mi alma de colores elude la refriega y se evade.

DIONISIO LA CRUZ

PRESENCIAS

1

La ladera se enaltecíó de finos chopos. ¡Qué lejanía de cúpulas, qué niebla leve y remansada! Las veletas asaeteaban el cielo. Terrazas blancas, pescadoras, fondeaban junto a la calma. Por el camino hondo y estrecho, bajaba suavemente la galera con sus cascabeles de río.

Nadie sabía de nadie. Auscultaba yo, desde mí mismo, el trascendente ocaso. ¡Qué molinos negros, ardidados, se agigantaban en el altozano; verticales místicos del paisaje que se consumían de su fervor. Yo pensé en tí, de pronto. ¿Dónde estarías, entonces? Yo te hubiese querido cerca, los dos bien solos con el huerto, con el pozo que iluminaba ya la noche, con los almendros quietos. ¿Dónde estarías, entonces? Fosforecieron, allá abajo, las estrellas de la ciudad. Un pañuelo de viento húmedo me acarició la frente. Por el camino hondo y estrecho, bajaba alegre la galera con sus cascabeles de río.

2

¡Reposo ancho de las sierras! ¡Qué silencio lento, como la hora, caía sobre el mundo! Se hallaba el campo inmóvil, el ancla de la media luna, en la profunda madrugada. Por el cielo en pendiente pasaba el farolero clausurando estrellas. Yo estaba solo, sin amante, ribera en sombras de mi desvelo.

Saltó, de no sé donde, una sonrisa ténue, casi imperceptible. Después, otra más definida, más precisa, de las palmeras vigilantes. Por fin, y en la ventana niña, una bien blanca, bien luminosa, bien despierta.

Arraigado lucero. La mañana ya izaba sus gaviotas. Los gorriones vertían la lluvia fresca de su júbilo. Avanzaba el campo hacia mi sueño, y todavía brillaba él, persistencia pura de lo alto.

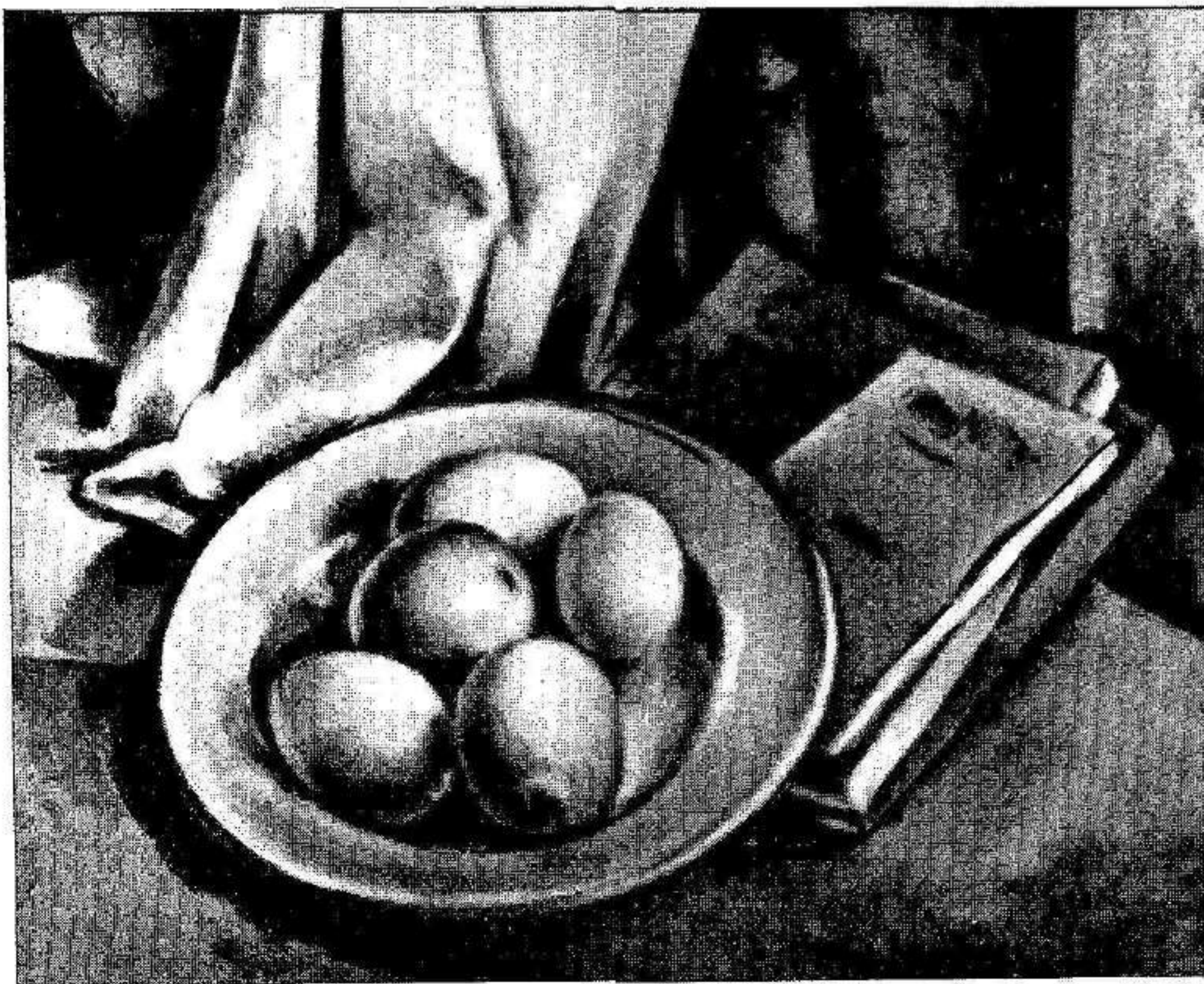
3

Insinuada noche. Se levantaban las torres al cielo y alargaban las extensas alas, cobijando bajo ellas los pueblecitos. Por el sendero del alcor, rodaba silenciosa la bicicleta, el manillar cubierto de silvestres flores. Allá lejos, el gran incendio de la tarde me atraía misteriosamente inyectándome en lo más dentro la inquietud del que piensa partir en el expreso de las dieciocho, el único que tiene enlace con el horizonte, y nos acerca la encendida rosa de las montañas.

Insinuada noche. Rodaba silenciosa la bicicleta por el sendero del alcor. Me atraía, allá lejos, el inextinto incendio del poniente. Pero había aquí un margen blando, un valle claro arriba, y algunas luces prematuras al fondo. Me recosté sobre la tierra, porque apoyarme en ella era sentir tus sienas. Y era más, todavía, buscarme en tu latido, pues la yerba estaba fresca y olorosa, como están siempre tus cabellos. ¡Qué brisa ágil, decidida, me libertó del tiempo! ¡Qué bien floté, sobre tus olas, por un abierto llano sin arrecifes!

Dilatada noche. Descansaba la bicicleta bajo el almendro. Yo no sé qué bomberos terminaban de apagar el crepúsculo. Por las serenas charcas de mis ojos pasó, ya de regreso, un vuelo esbelto de balcones.

ANTONIO OLIVER BELMÁS



RAMÓN GAYA: Naturaleza muerta. (1927)

Bailadora

Que tan prieta de desnudo
—Melocotón sazonado—,
Carne moza!: de la música
A la presión, rizo marmol
De que van surgiendo, en quiebros,
Torso, pechos, vulto, brazos:
Baraja de jeribeques,
Palma crespa, solitario
En que el perfil, impar, juega
Su matemática de ángulos
Con las cuarenta figuras,
Siempre nuevas, del espasmo.

Pájaro, la castañuela
Da un latir cluenco, en su mano,
Y hostiga, lúbrico, al hombro
El cabello destrenzado,
Aguzando su marea
Corva y negra, pecho abajo,
Hacia una querencia en fiebre
De pezones pararrayos.

Lunar guitarra. Pleamar
De pechos acorazados
Cuya precisa dureza,
Entre los lirados brazos.
Erige la divergencia,
Melliza, de su arretrato:
Por su escotadura en sombra,
Con morosidad de tacto
Desciende el mirar—oh vientre,
Al danzante girar, faro—,
Para ceñirse al talle
Como un pañolón bordado.

Caderas; combo volúmen
Que el ritmo dilata en arco.
Muslos, en que vibra en trémolo
La danza, y muere en desmayo.
Piernas, acerada gracia
Que, en el juego de su garbo,
Ríge el sabio balbuceo
De los pies sobre el tablado!

El pulso ardiente del mundo
Trenza en el bordón sus lazos:
Exprime el sordo cordaje
Los mensajes telegráficos
De los planetas, en versos
Decorados de zodiacos,
Y el árbol de la guitarra
Abre un ruedo entreverado
De sombras y medias voces
En cuyo círculo mágico,
Eterna, la bailadora
Gira, los brazos en alto.

Kilométrico

El paisaje en libertad
Deriva, dando bordadas,
Errante en la diamantina
Bahía de la mañana.
(Qué alegre verdor de pinos
Sube por las encañadas,
Caprino de agilidad
Arisca, a la sierra parda!)

Por agrios desfiladeros,
El tren, pastando distancias.
Corredor aventanado,
Pasillo del coche-cama.
Al amor de la visera,
Ojo, rodante en la ojera
De soñarrera entoldada.
Greña furtiva. Desmayo
De la mano ensortijada,
Abierta sobre la luna
De acuarium de la ventana.
Pegada al cristal la frente

De soledad abombada,
El poeta viajero,
Preso en la rodante jaula,
Limando contra el paisaje
El deseo y la mirada.
—Oh reflexiva conciencia
Del mundo. Ojo suyo. Caja
Donde la cósmica música
Delgadas púas trabajan!
San Sebastián caminante:
Contra el torso de su alma,
La sierra le asesta el múltiple
Arco de viento y de plata.
Atado al tronco del tiempo,
Da a la vida pecho y cara.
Sus sentidos, todos cinco,
Al tormento lo maniatan,
A este divino suplicio
De sentirse las entrañas
Verbenear con la herida
Innumerable y sagrada
Que el enjambre de las cosas
En el tuétano le clava.

Oh cielo y paisaje arqueros!
Vibra el arco, y se dilata
El aire azul, con el vuelo
De la saeta arbolada
Que, al sesgo, pulsa las cuerdas
Del arp de la mañana.

Deambulatorio martirio
A que la saeta es palma.
Ojos transidos de luces
Que hacen la memoria lámpara.
—Preso en la gayola errante
Del tren, puesto en la ventana,
Todo velar, el poeta...

La carne pura del alma,
Herida musicalmente,
Sangre y zumos de sol mana.

Acuarium

El alma, toda ventana,
Diáfanos cristales de ocio
—Apretada geometría,
Aurífice del contorno—,
Al reflector del poniente
Opone, en profundo biombo.

Tiende el recuerdo sus algas
De opaca seda, en el pozo
Del pensamiento, a las playas
Atlántidas de su fondo,
Y raya, al sesgo, el diamante
Dormido, con ciegos ojos,
El futuro. (Tangencial
Fuga. Arabesco de monstruo).
Sobre combas desnudeces
De arena, mece el otoño
Rubias estrellas de mar
A que el verde enfría el oro.

En madreperleras cuevas,
Cifran acordes armonios
La espontaneidad difícil
De la marina en reposo.
Submarinas caracolas
Caracolean sus coros,
Y arpas de coral se cuajan
De medusas y sollozos.

Oh arco-iris abisal!

...Resbalando bajo un flojo
Velo de cernidos verdes,
Blanca luna nueva el rostro,
Mi sirenita de tierras,
Casta y desnuda en el hondo
Playerío, trae un ramo
De risas a mi monólogo!

JOSÉ M.^a QUIROGA PLÁ

Novela histórica
y Esperpento

A propósito de «La Corte de los Milagros»

Quien lea «La Corte de los Milagros»—iniciación de la serie «El ruedo ibérico», llamada a constituir un suceso literario de máxima resonancia—puede pensar que Dios dispuso determinados hechos de cierta manera, precisamente para que Valle-Inclán los novelase: mejor dicho, para que los «esperpentizase». Las luchas e intrigas de nuestro siglo XIX prejuzgan, en gran parte, el «esperpento»: aguardaban una expresión estética que de no haber podido darla Quevedo, la daría seguramente Valle-Inclán. Cierzo que Goya «esperpentizó» a su modo: pincel o buril. Pero ahora no trato sino del esperpento genuino, el creado por la pluma de Valle-Inclán, en el más fértil y genial de sus raptos: cuando el Paraclete—no pudo ser otro—le reveló el dorso de la Historia.

*

El «esperpento» no es propiamente un género, sino un modo especial de tratar cualquiera: tanto es narración como espectáculo, poesía como sátira. No un género y sí un estilo: toda una estética, capaz de realizarse en el verso o en la prosa: capaz asimismo de afirmarse en la contradicción, jugando al azar de lo Feo. No haya miedo: D. Ramón gana siempre. Cuenta con la martingala de una prodigiosa estilización.

Versos en «esperpento» son muchos de «La pipa de Kif». Pasajes en «esperpento» son algunos de las «Comedias bárbaras». En «La Marquesa Rosalinda» cabe advertir el tránsito al «esperpento» desde la farsa: larva suya. El vocablo rotula algún «esperpento» inequívoco: «Farsa y licencia de la Reina castiza». Pero al asomarse don Ramón al ventanillo aleve donde se ochavan las paredes maestras de lo trágico y lo bufo, no renuncia a miraderos laterales. Lo poemático a la manera de «Las Sonatas», penetra en lo «esperpéntico» puro. Arrastrando su aire peculiar, cargado de fragancias finiseculares,—pero imprescriptibles—, Bradomiro reaparece en «La Corte de los Milagros»—página 209—para hacer patente la unidad profunda y esencial del mundo valle-inclanesco. No es Valle-Inclán creador de los que rectifican sino de los que integran. Sus libros no se anulan: persisten. Así forman una progresión que vive en todos y cada uno de sus términos.

*

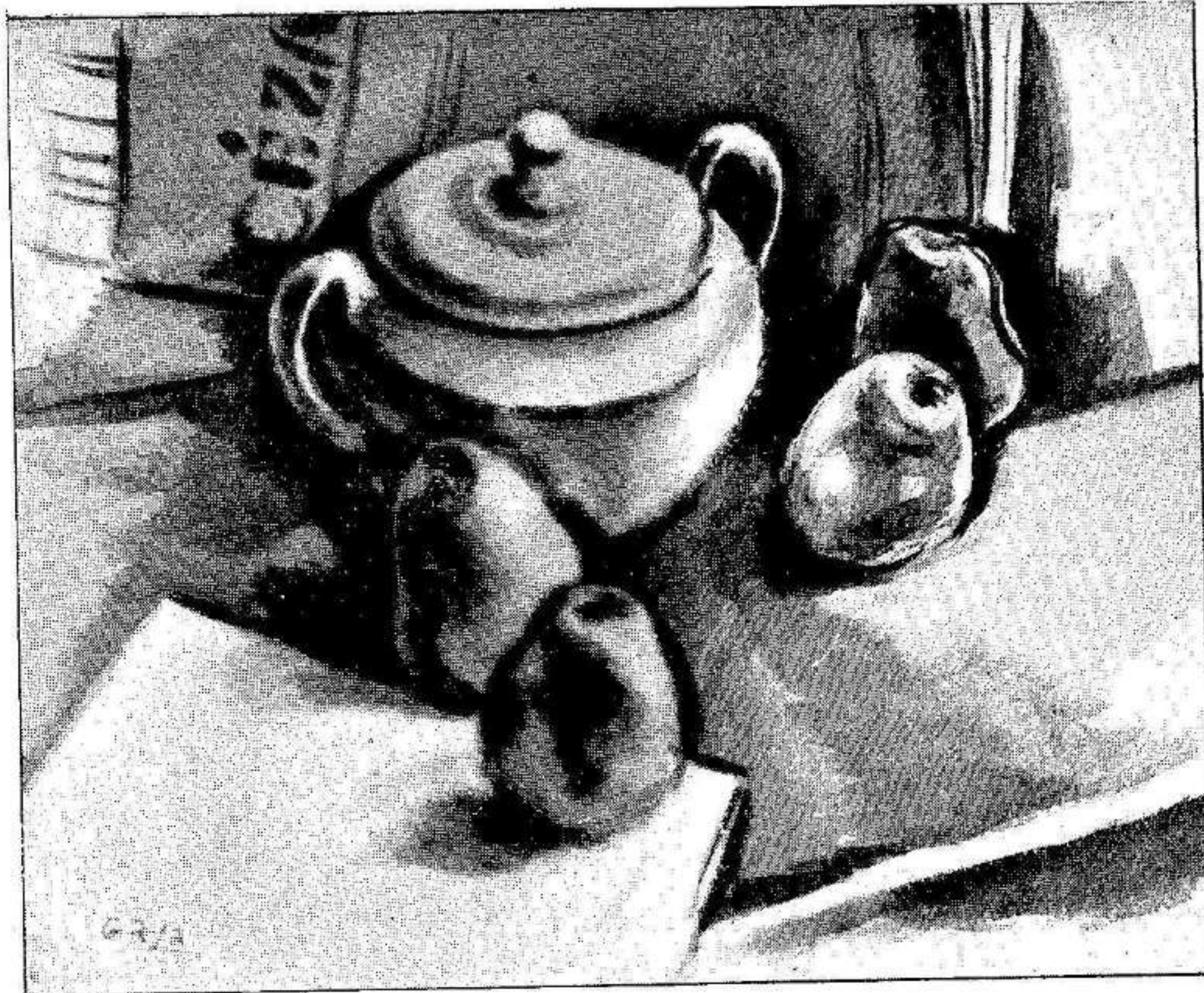
«La Corte de los Milagros», es una novela calada de «esperpentismo». Pero los ingredientes de fórmula épica tradicional, bastarían para dar a «La Corte de los milagros» un interés superior al de una pura y simple novela histórica, puesto que no provienen de la extinta tradición inmediata: romanticismo. La fuente beneficiada por Valle-Inclán a este propósito es mas remota y mana de la clásica ladera en que la Historia no es todavía Literatura: la fuente de los cronistas e historiadores de sucesos particulares. De ellos parece aprender Valle-Inclán lo que más importa a los efectos de la pureza narrativa: la sustantividad de los acaecimientos, su enlace natural y propio, no a expensas de un héroe contrahecho o de un testigo imperitante. Los novelistas históricos de abolengo romántico, gustaron, más que de revelar la conexión de los episodios en sí mismos, de amañar

un personaje que los presenciara como Dios quisiera: personaje ubicuo, largo de vista, oídos y pasos, pronto a volar con el viento, de escenario en escenario. Concebida de esta suerte, la novela histórica viene a parar en biografía de figurante. Salvo los forzados contactos, la bola de la historia se le escurrirá siempre para rodar fuera de rutas tontamente impuestas. El artificio de un Agente central, sobre dañar al concepto auténtico de la Historia, no facilita en nada la trasposición estética de los temas.

Valle-Inclán ve el pintoresco momento isabelino sin la mediación de uno de aquellos apoderados que contaban a Galdós cuantas cosas presenciaban. Valle-Inclán las ve por sí: elude el Héroe, si por azar lo encuentra, y abandona la versión de los sucesos al movimiento de los grupos sociales y al juego espontáneo de los «tipos». Ellos desplazan su atmósfera, y la voz personal de alguien, halla eco instantáneo en el coro presentado.

El «esperpento» es la salvación estética de la novela histórica (y del costumbrismo). Por su virtud, la realidad disloca líneas y transmuta calidades. Ciertamente que la Historia presta a Valle-Inclán sus personajes: pero retiran, apenas exhibida, la cédula personal, para que el Esperpento los documente a su manera, y de él reciben vestimentas, gestos, palabras, y hasta una luz contrahecha de teatro: personajes transubstanciados, en suma. Pensamos, a su vista, en un «ballet» que compusieran a medias la Fantasía y el Humor: «ballet» en breve escenario de marionetas. La frecuencia de vocablos alusivos es lo de menos: lo demás es la índole misma de las composiciones: «El Rey, menudo y rosado, tenía un lindo empaque de bailarín de porcelana. La Reina, con el pavo sanguíneo, se abanicaba. El Espadón, puesto en medio, abría las zancas y miraba de través...»—página 19—«Sobre la gala de los uniformes, destacaban los guantes blancos su cruel desentono, y eran todas las manos, manos de payaso»—página 29—«El Marques de Torre-Mellada, pintado, retocado, untoso de cosméticos, entraba con su típica morisqueta de fantoche»—página 119—«Media vuelta de marioneta, y el cacareo petulante del vejestorio...»—página 120—«La molinera, con quiebro y sandunga, levantaba en la punta del pie la venda del cautivo. El farol aprisionaba en su círculo bailón, las figuras, y correteaban por el muro, con intriga de marionetas, las tres sombras»—página 143.

A propósito: es característico el papel que juegan las sombras en todo Valle-Inclán. Suele valerse de ellas como del mejor procedimiento para que una escena cruda y pintoresca logre sin traicionarse la expresión elemental y suficiente de los perfiles en negro: la realidad se estiliza por sí misma, y la proyección sobre la pared neutra, elimina superfluidades. Abundan los ejemplos en «La Corte de los milagros». Uno: «El cautivo no se movía. Asustado, miraba en la pared el tumulto de sombras, el guirigay de brazos aspidos, vuelos de catite, mantas flotantes, retacos dispuestos. Intuía el sentido de una gesticulación expresiva y siniestra, por aquel anguloso y tumultuoso barajar de siluetas recortadas.»—página 158. Otro: «Las tres figuras, al moverse sobre las cales de la cueva, alternativamente, cortaban la rayola del sol, y salía



RAMÓN GAYA: Naturaleza muerta. (1926)

de la sombra un gesto expresivo, con un claroscuro potente».—página 227.

Incluso a campo abierto sabe Valle-Inclán abstraer la línea esencial y definitiva: «En la tarde serena y azul, el flaco cortejillo—leemos, *verbi gratia* en la página 213—calcaba su silueta galguera»...

Caso estupendo de imperialismo lingüístico este de Valle-Inclán. Los aportes de divisa galaica son de la primera hora: las frecuentaciones americanas, le han hecho ir ampliando—hasta «Tirano Banderas»—el círculo de su idioma: panhispánico de veras. Y como nunca sorteó los islotes de la germanía en el mar ibérico, le ha sido fácil la incorporación del «caló», perfectamente cumplida ya en «La Corte de los Milagros». Pero ni la lengua en Valle-Inclán, ni cada uno de los mil y un aspectos que muestra su Estilística, son temas que pueden ser rematados en estas notas de un lector presuroso. No importa: las monografías que hoy no se le dediquen, le serán dedicadas mañana: un mañana de siglos.

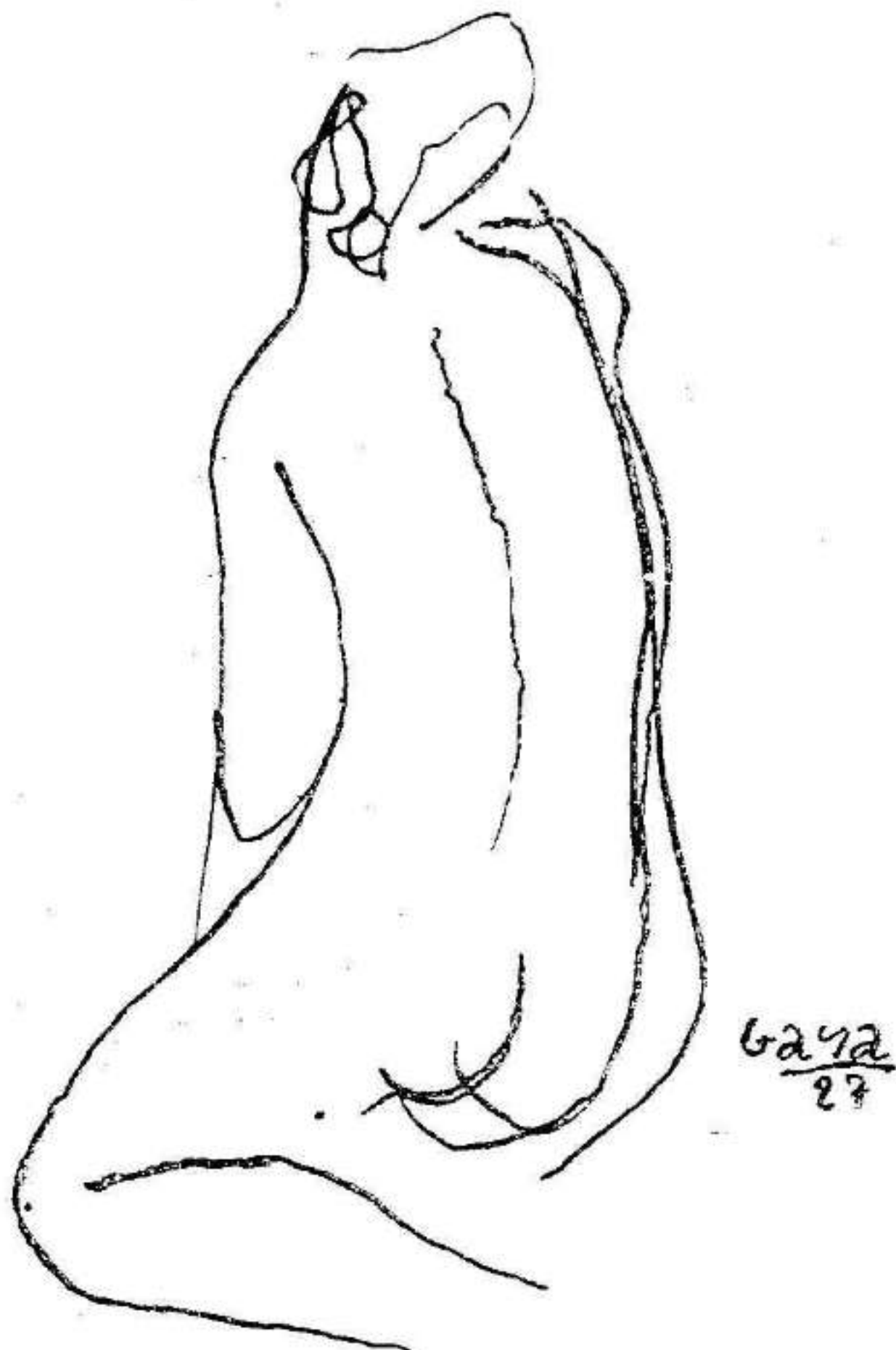
MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

Juego y delirio mágico

Sintióse perdido en el patio aquel del gran palacio árabe, afilado de siglos, como entre las cuatro ardientes paredes de un día único y huérfano, parado y solitario en el caminar del tiempo, que se le hubiese olvidado recoger a Dios en su indignación con los demás que formaban el calendario luminoso del paraíso, y que huído y errante desde entonces

habría recorrido miles de años posando a capricho y momentáneamente su gozo imprevisto y desconocido sobre los hombros de aquel que por venturoso designio abrazaba unas horas a la perfecta dicha, pasajera sutilísima de ágiles inconstancias. Él uníase también a ella en aquel momento mágico y sentíase desvanecer en la viva

atmósfera clara del feliz minuto apesado de improvisado con un escape de sí mismo hacia regiones invisibles de puro transparentes. Se alzaba de sí en un veloz y nunca imaginado camino hacia fuera de su ser como si algo ignorado entonces y solo vagamente entrevisto y percibido le atrajese con más ímpetu que el propio espíritu, cuerpo y vida suyos. Sentíase ladrón audaz de su propia imagen de siempre y advertíase huído en vértigo y sobresalto del que dejaba ya en abandono total de su integridad exacta. No era aquel desdoblamiento sino esfuerzo fugitivo de liberación inapelable que parecía obedecer a una ley fija y trazada de antemano con la grandiosa potencialidad acerada de las fuerzas elementales. Porque el rompimiento inaudito y rapidísimo de las ligaduras que le ataban a lo que hasta aquella hora solemne había sido él, con unión que creyó estrecha, indisoluble y única, habría llegado como un derrumbamiento ingente promovido por manos de sublime grandeza cual si mares opresos hubiesen hecho saltar las esclusas de su cuerpo con obuses de olas estallados en pólvora de espumas, o los vientos en jauría galopasen hambrientos, codiciosos y calientes las fauces a la proximidad de la pieza perseguida y cobrada al cabo, caída de pronto y quebrada sobre la yerba del rendimiento, o el fuego con sed de múltiples lenguas hundiese sus puñales de brasa en aquel «yo» gesticulante de llamaradas, o el cielo, al fin, se lo hubiera llevado a un planeta diferente y lejano, y lo hubiera dejado allí escondido en el plieguecillo más recóndito del infinito, balcón de estrellas siempre novias hermanas de la luna en gracias consteladas.



No había conocido el exacto minuto supremo y fugacísimo de su tránsito extraordinario sino que vió de pronto como el era ya otro y de su yo de antes apenas si quedaba el espejo hacia atrás de la memoria, que como se sabe pierde poco a poco el azogue prodigioso conforme se interna en los cada vez más intrincados senderos del recuerdo.

Siendo ya otro aplicóse enseguida a ser el nuevo viviente aparecido en el gran salto de su transformación ilusionada. Y sobre todo, al darse cuenta de como en su encarnación novísima había venido a visitarle el día volador y milenarío fugado del paraíso cuando el Señor apartó a sus hermanos de la compañía del hombre y la mujer primeros, y a través del tiempo, inconsumado eterno, se le metía a él por los ojos abrasándolos de inéditas delicias y encendiéndolos de mañana y de sol, lo cogió por una de sus alas y lo apretó contra su pecho enardecido en glorias y alegrías pensando hacerle perpetuo prisionero de su alma nueva en cárcel deleitable.

Y al ser ya distinto sintió como si nunca hubiese sido otro y de manera que le pareció que su densa felicidad presente llenaba toda su vida y forma pasadas y la penetraba totalmente de su actual presencia luminosa. Dióse entonces a su ser recién nacido con amoroso fervor de madre sonriente. Y vió como su gozo profundo, que hasta entonces se difuminaba en la bruñida luz alta del patio aquel contenido en su meditación de siglos, dejaba extenderse sus puras aguas soterradas por su espíritu nuevo y lo bañaba todo de su dicha perfecta. Y como su serena corriente llegaba ya a la playa prometida y verdadera, al condensarse, en un juego y delirio mágicamente obedecidos, sobre el estanque quieto de una clara mirada. Descansaba esta su sosiego en las suyas y recibía su luz de muy hondas y lejanas claridades, pareciéndole en aquel instante, aislado y único, como si su gozo lo tuviera ya apesado definitivamente al tomar desde aquel momento figura real, forma viva y gracia de mujer en risas desplegada.

Pasó de su delirio instantáneo, de su juego de magia consigo mismo, a un asomarse de nuevo a la realidad, pero a una realidad que era ya también otra y que por todas partes le abrazaba. Y era que se interponía ya entre él y el fino lugar seguro en que había nacido nuevamente, el aire terso y frío de las distancias verticales. Porque él había crecido mucho en su transformación mágica y miraba ya el patio, erguido y aireado, cual si se hubiese subido por el ciprés arriba que en el centro, junto a la alberca de aguas recatadas, limpiaba el cielo de nubes y de grises con la alta copa firme de hojillas rechinantes. Para coger con sus mismas manos la felicidad íntegra había tenido que alargar mucho los brazos anhelantes. Y ahora que de ella tenía el sentido y percepción, que al mirar cerca de sí sabía donde estaba, alegre, radiante y sorprendida, sin sospechar su delirio y acaso riéndose de él con burla deliciosa, notaba su cuerpo, su espíritu y su anhelo, de siempre engrandecidos. Y se asombraba al mismo tiempo de como pudo haber sido él aquel otro pobre diablo a quien con su desprecio actual cruzaba la cara ya olvidada y se convencía más y más de que su yo de ahora había sido también el de antes, solo que disfrazado y prisionero muchos años hasta su liberación mágica y como había dormido hasta entonces en su ser muerto la sensación latente de las actuales glorias presentidas.

LUIS G. DE VALDEAVELLANO

VERSO Y PROSA

BOLETÍN DE LA JOVEN LITERATURA MURCIA

PRECIO DE SUSCRICIÓN: 6 PESETAS AL AÑO

EN MADRID:

León Sánchez Cuesta, Mayor, 4.

Tip. Meseguer.—Murcia.